

carlos orellana

cuento

UNA NOCHE PARA MR. HYDE

La cosa fue así: yo había ido al club a lo del homenaje de desagravio al general Carrasco, que era una cuestión moral y además para disiparme un poco. El asunto salió mejor de lo que se esperaba porque hubo gente como mierda y después porque Carrasco, antes de emborracharse como un huevón, se lanzó un discurso incendiario parado encima de una mesa de tenis, en medio del patio. El hombre estaba iluminado esa noche, tú sabes que es un cholo medio bruto y que cuando agarra viaje con la oratoria destroza el castellano, pero esa noche fue un pico de oro, un demóstenes. La gente se quedó cojuda ¿No se lo habría aprendido de memoria este gran puta? Dijo que el extremismo antinacional

había copado las altas esferas del poder, ¿te imaginas la provocación?, pero que él tenía fe en sus camaradas de armas a pesar de todo, a pesar de que lo habían desembarcado, y que sabía que los institutos armados se regían por los principios rectores de la nacionalidad, o algo así, que eran Patria, Dios y Libertad. La gente aplaudió a rabiar y con los altoparlantes dirigidos a propósito hacia la calle el asunto se estaba convirtiendo en un burdel. Después de un rato empezaron a llover piedras y era que los comunistas hijos de puta estaban haciendo una contramanifestación frente al club y después llegaron los tomboos que se hacían los cojudos y no intervenían por orden del gobierno. Entonces fue cuando nosotros salimos con botellas y uno que otro revólver e iba correr sangre cuando Carrasco al frente de todos nosotros, enrazado el cholo, se dirigió hacia donde un mayor, que era el tombo de más rango y el gallo se le cuadró todito y el general, oiga usted mayor, sí mi general, qué significa esto y el mayor que ya iba a disolver la contramanifestación y los rojos las calles son del pueblo, entonces mierdas un balazo al aire y a ver qué pasaba y los tomboos en vez de apalear a esos conchadesumadres una bomba lacrimógena dentro del club y palo para la gente decente, felizmente que el palo les cayó a la gente que protegía al general, sus guardaespaldas, que estaban adelantito, pero de todas maneras el atrevimiento ¿no? Ahora, claro, no es como dicen los diarios, la policía no entró al club, qué se iba a atrever si sabía que había hasta un obispo. Bueno, la cosa terminó allí, los rojos se fueron y el general reflexionó: los perros ladran, Sancho, señal de que avanzamos y todos jaja, jeje, jiji, qué buena, qué oportuna y tres mil copas en el patio levantadas brindando por el Perú, carajo, muera el comunismo. Después los mozos abrieron de par en par las puertas de los salones y unas diez largas mesas con langostas, pavos, corvinas, lechones, caviar, puro Chivas de veinte años y Moët—Chandon y vino portugués al pasto. El general parado en una estratégica esquina de una de las mesas depredaba un vistoso lechón. Cada rato alguien se acercaba al general y le expresaba su felicitación por el discurso y por el gesto hidalgo, hidalguísimo de salir a la calle a enfrentar a los comunistas, el general agradecía con un movimiento de cabeza sin dejar de accionar los carrillos. Bueno, pero me he apartado leguas de lo que te quería contar, un poco llevado por la emoción. Mozo, otro par de Bloody Marys, por favor. Como te decía, estaba yo allí con mi

copa conversando con gente de la banca y de la industria cuando Espejo, tú lo conoces, el que tiene varias fábricas de harina de pescado en el norte, me presenta a un sujeto. Así de improviso, con ese estilo campechano que tiene Espejo. Era un tipo alto, fornido, blancón con unos bigotes a lo Errol Flynn, con una sonrisa sardónica, efervescente cruzándole la cara, y yo dándole la mano y él estrechándola y sonriéndose más que sardónica pendejamente y no me suelta la mano y yo extrañado, que tiene este huevón, será rosquete o loco y él mirándome fijamente y yo iluminado por un instante: esa cara la conozco, esa sonrisa, esos ademanes. Pero claaaro, tú eres Cacho Mancisidor. Y Cacho levantando su vaso de whisky y cagándose de risa de mí, el muy conchadesumadre. El si me había reconocido y le había dicho a Espejo que nos presentara. Yo qué lo iba a reconocer. Primero, el bigote; luego estaba vestido como un pachá. Casimir inglés, camisa probablemente americana, corbata italiana, perfumado hasta el culo con Cuero de Rusia, del firme; con una pipa, ¿cuándo ha usado pipa este huevón? No, no, no tiene nada que ver con Blanca Nieves ni con la hermana de Coco, déjame que te cuente la historia completa. Hicimos un aparte y yo, Cacho, pendejo, qué ha sido de tu vida, hace diez años, por lo menos, que no te veo; estás irreconocible, qué diablos haces aquí. Y Cacho, carajo, hombre, por qué te extraña que esté aquí. Qué conchudo este Cacho, bueno, Cacho, no es por joderte, ¿no? , pero hace diez años tú eras un revolucionario y hace quince ni hablar. Y Cacho, bueno, viejo, tú me hablas de cuando yo me pintaba bigotes con crayola, esas son cojudeces, hombre. Y tú, Vitín, acaso te acuerdas cuando jodías a tu viejo y te largabas de tu casa y te ibas a dormir a mi pensión y hasta repartías volantes en los sindicatos. Sí, sí, tienes razón, Cacho, me acuerdo; bueno, salud, hombre, por este encuentro tan grato y además salud por el capital y la plusvalía ahora que somos gente seria. Cacho cagándose de la risa y zampándose sin asco un whisky tras otro y luego se acabó el whisky y tráete gin, cholo, o vodka y chupando como loco, todo era bueno, ¿no? , pero en una mezcla criminal, jodida y ahí que le salía el Sr. Hyde al Dr. Jekyll. Tú te acuerdas, Manolo, cuando estábamos en La Católica, cuando nos íbamos a tirar trago, cómo se transformaba este huevón, volteaba media docena de pomos y el melómano, el fino cultor del exquisito arte de Bach, Telemann, Albinoni salía con los boleros más huachafos, con ese vals que decía *que viva la*

*dueña del santo, que viva la que prestó los muebles, te acuerdas. A eso de la una Cacho se puso sentimental y nostálgico, viéndolo bien, así, o-b-j-e-t-i-v-a-m-e-n-t-e, sin pendejada, ¡cómo hemos cambiado! , Vitón. Somos una mierda, hermano, una basura, te acuerdas cuando escribíamos poemas al Che Guevara, cuando no me la quise comer a la Selma porque la muy cojuda me quería de verdad. Eramos muchachos sanos, Vitín, idealistas en el sentido vulgar y no filosófico de la palabra. Sí, Cacho, claro que me acuerdo, pero a qué viene todo eso, si hace rato me dijiste que todas esas cosas eran puras cojudeces. Te lo dije de la boca para afuera, hermano; no era yo quien hablaba sino una máscara, mi máscara, la que me pongo todos los días para sobrevivir en este país de mierda. ¿Te imaginas qué sería de mí si expusiera mis pensamientos puros ante todos? Mis pensamientos calatos, desnudos. Puta, me iría a la mierda. Pero esta noche es particularmente clara y fresca, tengo además alcohol en las venas. ¿A propósito te acuerdas de esos versos de Apollinaire que dice: *Y tú bebes ese alcohol ardiente como tu vida/ tu vida que bebes como si fuera un aguardiente. ?* Así me siento, como Apollinaire, con ganas de cagarme en todo el mundo. Es como si de repente me hubiera despertado, tengo una lucidez condenada a pesar de estar borracho, lo reconozco. Y después Cacho se deschavó, me contó con lujo de detalles cómo había llegado a ser lo que era, al hombre se le vino el huayco. Tú te acuerdas, Vitín, cuando terminé medicina, cuando andaba buscando trabajo en los hospitales y centros de salud porque en las clínicas la pinga que me iban a dar; fichado, con un prontuario de agitador de los cojones hubiera sido ingenuo presentarse aunque sea con una varita a pedir trabajo y uno con su título en la mano, sin trabajo, no sabe si romperlo y mandar todo a la mierda o limpiarse el culo y darle un uso a la cartulina. Y ya las veía negras, Vitín, cuando leí ese aviso en El Comercio en el que pedían un médico para una mina en Putamadre o Huanavelica, que es la misma vaina, y así que deje de vivir de lo que me mandaba mi viejo junto con sus indirectas y me largué a la Sierra. Un lugar de mierda que queda donde mean las brujas o cagan los ángeles, salud. Todo iba bien en la mina, hermano, me pagaban un sueldo ridículo, pero qué chucha, no gastaba mucho porque todo era barato y podía ahorrar algo. Se puede decir que me estimaba y respetaba esa gente, era un poco difícil conseguir un médico para*

esa zona, sólo alguien arrancado como yo había aceptado. Todo iba bien, como te decía, hasta que un día me traen dos cholos heridos hasta las huevas: se había desbarrancado una camioneta de la mina. Yo hice todo lo posible porque no se murieran pero se me enfriaron los dos. Y qué querías, la posta médica no tenía ni instrumental quirúrgico ni nada para combatir las hemorragias post traumáticas. Asombroso, cágate de risa, apenas unos antidiarréicos, gasa, algodón, alcohol yodado y el único antibiótico que encontré cuando llegué a trabajar fue una tetraciclina en cápsulas y pasadas de remate. Yo había advertido que se necesitaban sueros, antibióticos, hemostáticos, instrumental pero nada, que ya, ya, ya se pediría al pueblo, que estos cholos sólo de vez en cuando andaban con la huacha floja y punto, arreglélas, doc. Para colmo me sirvieron de enfermeros el capataz y otro fulano. Hice un informe para el Ministerio de Salud y lo presenté a la administración. Los culpaba a ellos de las muertes y salvaba mi responsabilidad, qué querías, ¿era justo o no? No se trata de si es justo o no, doc, de lo que se trata es de si es pertinente o no. ¿Te das cuenta, Vitín, que tal hijo de puta? Mire, señor Rengifo, yo sólo cumplo con la ley y enseguida le voy a hacer llegar mi carta de renuncia. Seguramente, doctor, usted teme alguna complicación legal, algún problema. Se hacía el huevón. Mire, doctor, yo le garantizo que este asunto no tiene la menor importancia y que usted por falta de experiencia, discúlpeme que se lo diga, le está dando una importancia indebida; usted firma las actas de defunción: muertes por múltiples traumatismos a causa de un accidente y punto. Qué tal concha, Vitín. Hasta ahora recuerdo me acuerdo que después que dijo eso el gordo Rengifo bajó la voz, me acercó su cara brillante y en tono cómplice me dijo: llegaron muertos, usted no hace milagros. ¿Qué que le respondí? Váyase usted a la mierda, yo no me presto para crímenes. Alisté todas mis cosas en mi maleta y ya iba a entregar mi cuarto cuando el mismo Rengifo me llamó de nuevo y me dijo que justamente acababa de llegar reciencito el señor Allison, el dueño de la mina, que estaba enterado de todo y que quería conversar conmigo. Sí, sí, justamente ese Allison que tú conoces, minas de plata, de manganeso, accionista de bancos y financieras, propietario de varias inmobiliarias, uno de los hombres más ricos del Perú y no tenía antibióticos ni anestesia en la posta de su mina. Bueno, justamente había llegado de Lima en su avioneta. Primero

quiso intimidarme, Vitín. Me desconcierta su actitud, doctor. Aquí hemos tenido varios médicos y el que se va de aquí mal recomendado se jode. Usted sabe que favor con favor se paga, usted es joven y tiene una carrera por delante. Yo no sé, Vitín, qué tenía este hombre, de hecho no era don de persuasión, era algo más, acuérdate de la Odisea, una especie de canto de sirena, chucha, que me hubiera vuelto sordo mejor. Ahí empezó todo, ¿qué mierda era una firma, qué mierda eran dos cholos anónimos? Trabajé en la mina un mes más. La gente, los mineros me miraban como a una mierda. Cuando se emborrachaban tiraban piedras y botellas encima del techo de calaminas de mi cuarto y me gritaban vendido, chupamedias, maldecido. Eso también hizo que yo cambiara, que me curtiera: reaccioné contra esa gente, la odié. Un buen día regresé en la camioneta de la compañía a Lima, recuerdo que íbamos el chofer, el capataz y yo. En el trayecto ninguno de ellos me dirigió la palabra, apenas contestaban mis preguntas de dónde pararíamos a comer, a qué hora llegaríamos, etc. Minutos antes de llegar a Lima, sin embargo, el capataz en tono de sorna me dijo: ahora en qué va a trabajar, doctorcito, abortos, seguro. Eso da plata. El comentario me desconcertó tanto que no atiné a responder nada, me bajé y me largué sin despedirme. Después Vitín, la vida me empezó a sonreír. Con una tarjeta de Allison fui a trabajar a una clínica, me especialicé. Mi relación con Allison fue cada vez más estrecha, salud. Puta, que le he limpiado cuántas hembras. El gringo es un degenerado; chiquillas de quince, dieciséis años, un pájaro loco. Hace tres meses regresé de Estados Unidos, cinco años en Miami, viejo, en un hospital privado, de judíos, buena guita. Ahora no sé si quedarme o no, esto es una caca. Pero, salud, carajo. Y qué ha sido de tu vida, Vitín, de tu pendeja vida. Por lo que veo estás hecho un burguesote, aunque tú siempre has tenido plata. La plata de mi viejo, Cacho, qué quieres que haga. Aunque te seré sincero no me siento incómodo. Tengo mi propio estudio y sueño con una notaría o con llegar a ser vocal de la Suprema. Vocal, notario, la puta que te parió, eso es el fin de la cabronería, Vitín. Estás más corrompido que un macró. Tú estás borracho, viejo, no sabes lo dices. Y Cacho tiraba la botella contra un muro y la botella se rompía y la gente volteaba y yo, puta, déjate de cojudeces y Cacho, se acabó, carajo, se acabó esta huevada, era una mierda, un burgués, un arribista, un con-

chedesumadre, pero se acabó. Fue entonces que Cacho comenzó a cantar esa canción de los tomates que no tienen la culpa de que alguien los lleve a Caracas, que la mujer del obrero, que el patrón de la mina es ladrón y otras huevadas y el mozo, señor tenga la bondad y yo, puta, cállate Cacho y Cacho se van todos a la mierda y bien hecho carajo que a Carrasco lo cagaran, reaccionario, rosquete, fascista y un huevón viene y le mete una patada a Cacho y Cacho se cayó como una madre y allí fueron varios a sacarle la mierda en el suelo, un par de bloody maris más, si, si, ya sé que van a cerrar, que sean los del estribo; y yo reaccioné porque estaba menos zampado y le metí un cabezazo al que le dio la primera patada y lo bañé en sangre y hecho una fiera cojí una silla y puta que comencé a repartirle a todo el mundo. Cacho se levantó y cogió una botella de una mesa y no sé como en ese momento, como un enviado celestial se aparece Pancho Carrizales y me saca a mí y a Cacho a empellones, carajo, nos salvó de una masacre, sal de acá huevón, que te muelen los guardaespaldas del general. Nos tomó un taxi y se quitó al club. En el taxi Cacho comenzó a arrojar y el chofer paró amarguísimo. Abrió una puerta de atrás, bájense carajo, asquerosos de mierda, ahorita llamo un toambo, carajo me han cagado el carro. Puta, maestro, camarada, nosotros le vamos a pagar el daño, qué pagar, carajo, mierdas. Y Cacho sacó un billete de mil soles y se lo puso en la cara, puta qué desconsideración señor, el carro recién lo había lavado, ya pásense para adelante que voy a echar aserrín. Qué pendejo, camarada, tenía aserrín en la maletera y nos requinta. Y le dijimos que nos llevara a La Victoria, a un bar de Manco Cápac donde chúpabamos cuando éramos universitarios. El bar era en ese tiempo atorrante y ahora era peor todavía. Yo no sé cómo chucha nos metimos y lo más difícil, cómo salimos. Pedimos cerveza y Cacho se puso a cantar valeses. Más tarde se acercó un negro que había estado tomando solo y que de rato en rato nos lanzaba miradas. Tengo jermitas, señor. Y Cacho, mira negro, nosotros no hemos venido a fornicar. ¿A qué? A cachar. ¡Ahh! Nosotros hemos venido a reencontrarnos con la savia del pueblo, ¿entiendes, negro? Usted habla en difícil, señor. Hemos venido a chupar, a recordar, yo era de este barrio. Por la tela no parece, galleta. Y Cacho, negro, el hábito no hace al monje y allí mismo se estaba sacando el saco y la corbata italiana finísima y a ver, negro, ponte esto, tú eres de mi

talla, y dame tu chompa. ¿Me la va a cambiar, señor? Te la cambio, negro. ¿En serio? Puta, negro, yo no hablo huevadas. A ver, negro, dime, ¿Tú con ese saco y esa corbata eres médico? El negro, pendejo, ratero, se rió con cara de inocencia. Yo soy médico, negro, doctor, pero no por el saco y la corbata. Ahora me pongo tu chompa, a ver dime, ¿soy yo negro? y el negro, puta, qué pendejo el doctor, *se pasó pal culo*. Nosotros somos comunistas, negro, y el negro y otro negro más ja ja ja. Estuvimos chupando hasta las cinco de la mañana, la cantina cerró y el negro nos acompañó por las calles de La Victoria y Cacho le estaba enseñando la letra de La Internacional y al negro le parecía bonita la canción de los comunistas y como era medio guitarrista estaba pensando ponerle ritmo de festejo, puta que eres una mierda, negro, por qué mejor también no le cambias la letra, en vez de decir *arriba los pobres del mundo* dices *arriba los negros del mundo*. Y el negro, a veces eres bien ofensivo, Cacho. No, mentira, negro, mentira, tú y yo somos hermanos, camaradas, nos une un profundo sentimiento de clase, luchamos por destruir el orden capitalista e instaurar la sociedad socialista; en esa sociedad todos seremos iguales, no habrá ricos ni pobres, negros ni blancos, ¿entiendes? Entonces, tú que eres blanquito, en el socialismo, me dejarías casarme con tu hermana, Cacho, no seas pendejo, y entonces fue que apareció el patrullero y papeles y el negro con una facha rarísima, un pantalón ordinario de drill descolorido y un saco de casimir, ratero. Cacho con una chompa roja deshilachada y mugrienta, el pantalón de casimir, pero meado y sucio porque se había caído en un terral; blanquito, buenmozo, en compañía de un negro sospechoso, caficho, maricón u otro ratero. Yo, sin corbata, despeinado y arañado por la pelea en el club, otro maricón, caficho, ratero o qué mierda será este dijo el guardia. Y ahora que me acuerdo ¿Tú no eres el negro Alicate? ¿Yo, jefe?, ¿Yo jefe?, no te hagas el huevón, negro, de dónde te has tirado la tela, ya sube, y ustedes, cacanas, también. Cacho se quedó dormido en el patrullero y a mí se me quitó la borrachera y me hice el cojudo y me quedé callado. A eso de las once de la mañana se despertaron casi simultáneamente Cacho y el negro. Vitín, ¿qué miércoles hacemos aquí? Y yo le conté lo del club y la pelea y las cojudeces que había hecho. ¿Eres médico de a verdad, Cacho? preguntó el negro. Cacho no le contestó, apenas si se molestó en mirarlo y luego se tomó la cabeza entre las manos, carajo me

estallan las sienes. Bueno, qué hacemos que no llamamos un guardia, y Cacho se puso a gritar *que venga un guardia*. Un cabo se acercó, oye, dónde crees que estás carajo; ningún oye y ningún carajo, sabes con quién estás hablando, quién te ha dado confianza para que me tutees y el cabo, ahh, ustedes son envarados, qué bien, tengo gusto y se fue. Cacho se puso a gritar con más fuerza *mayor comisario, mayor comisario, que venga el mayor comisario*, y apareció otra vez el cabo todo cachoso con un tenientito de esos que usan unos bigotitos de cañichito. ¿Usted sabe quién soy yo? No, señor, no tengo ese gusto. Mire teniente, yo soy el doctor Mancisidor y el señor el doctor Arias. ¿Y el negro? No lo conozco. ¿Cómo que no me conoces, Cacho?, y el teniente sonríe con malicia. Observa el pantalón de Cacho y el saco del negro, ¿su saco? El negro se lo quita y se lo entrega a Cacho; Cacho le lanza una mirada de rencor, luego hurga en los bolsillos de su saco y extrae una tarjeta: DR. CARMELO MANCISIDOR. Bueno, pasen a conversar con el mayor. El mayor nos hizo esperar como media hora y Cacho se paseaba amargo, nervioso, como león enjaulado, qué se habrá creído este cojudo. Alteración del orden público y faltamiento a la autoridad, son los dos cargos en sus contras, señores. ¿Cuál alteración del orden público y cuál faltamiento a la autoridad?, cálmate, Cacho. No, carajo, esto es un abuso. Oiga usted bájeme la voz o lo encierro de nuevo. Usted no va a encerrar a nadie, no sabe con quién está hablando, carajo; ahora mismo voy a llamar al general . . . Y yo, no lo molestes por una huevada y el mayor pálido de terror, este asunto se está complicando innecesariamente, caballeros, necesitamos calma, no se precipiten; vamos a dejar las cosas donde están, un patrullero los dejará donde ustedes gusten. Qué patrullero ni qué ocho cuartos, nosotros nos vamos por nuestros propios medios y se acabó. Fue una cosa cojonuda, Manolo; tranca, bronca y cana, todo en una sola noche. Ese Cacho es una mierda, fíjate, luego de tanta vaina al salir de la comisaría me dice: a estos indios de mierda no les convendría el socialismo sino el fascismo, darles socialismo es como darle alfajores a un burro. Cojonudo.